si quien viene desta ralea podrá dar su parecer en semejantes causas. Por eso digo, dixo el del Bosque, que nos dexemos de andar buscando aventuras, y pues tenemos hogazas no busquemos tortas, y volvámonos á nuestras chozas, que allí nos hallará Dios, si él quiere. Hasta que mi amo llegue á Zaragoza le serviré, que despues todos nos entenderémos.

Finalmente tanto habláron y tanto bebiéron los dos buenos escuderos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas y templarles la sed, que quitársela fuera imposible, y así asidos entrámbos de la ya casi vacía bota, con los bocados á medio mascar en la boca, se quedáron dormidos, donde los dexarémos por ahora, por contar lo que el caballero del Bosque pasó con el de la Triste Figura (1).

(1) Los dos mojones, ó bebedores, contenidos en el siguiente soneto que se halla en la Real Biblioteca, pudieran competir con los dos ascendientes paternos de Sancho Panza:

A beber vino blanco sin cimiento
Apostaron Camacho, y Juan de Luna:
Camacho, bebedor desde la cuna,
Moderno Luna, mas de mas aliento.
Tomó Camacho un atomo del viento,

CAPÍTULO XIV.

Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque.

Entre muchas razones que pasáron Don Quixote y el Caballero de la Selva, dice la historia que el del Bosque dixo á Don Quixote: finalmente, señor caballero, quiero que sépais que mi destino, ó por mejor decir, mi eleccion me truxo á enamorar de la sin par Casildea de Vandalia: llámola sin par, porque no le tiene así en

Y Luna el corazon de una aceytuna;
Y entrambos sin rendirze vez ninguna
Bebieron de á quartillo medio ciento.
Picaronse los dos, y concedieron
De veces otro diez; pero Camacho
Paró, porque sus pipas se hinchieron;
Llegó la tercer vez hasta el mostacho,
Y él y la taza en tierra se rindieron:
Quedando Luna en pie, pero borracho.

la grandeza del cuerpo, como en el extremo del estado y de la hermosura. Esta tal Casildea pues, que voy contando, pagó mis buenos pensamientos y comedidos deseos con hacerme ocupar, como su madrina (1) á Hércules, en muchos y diversos peligros, prometiéndome al fin de cada uno, que en el fin del otro llegaria el de mi esperanza; pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento, ni yo sé qual ha de ser el último que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandó que fuese á desafiar á aquella famosa giganta de Sevilla, llamada la Giralda, que es tan valiente y fuerte, como hecha de bronce, y sin mudarse de un lugar es la mas movible y voltaria muger del mundo (2). Llegué,

(1) Palabra italiana, adoptada por Cervantes: significa la madrastra, cuyo nombre dio Ovidio (*Metamorph.* l. 9. v. 134.) á Juno, por haber hecho los oficios de tal con Hercules, hijo de su marido Jupiter y de otra muger, influyendo en el destino ó sentencia de los doce famosos Trabajos á que fue condenado.

(2) La Giralda (de que tratan los historiadores de Sevilla) es en efecto una figura de bronce, de la altura de quatro varas y media. Representa á la Victoria, aunque segun la inscripcion latina, que hizo el año de 1568, el erudito canonigo Francisco Pacheco, representa á la Fe.

víla, y vencila (1), y hicela estar queda y á raya, porque en mas de una semana no sopláron sino vientos nortes. Vez tambien hubo que me mandó fuese á tomar en peso las antiguas piedras de los valientes toros de Guisando: empresa mas para encomendarse á ganapanes que á caballeros. Otra vez me mandó que me precipitase y sumiese en la sima de Cabra ¡peligro inaudito y temeroso! y que le truxese particular relacion de lo que en aquella escura profundidad se encierra. Detuve el movimiento á la Giralda, pesé los toros de Guisando despeñéme en la sima, y saqué á luz lo escondido de su abismo, y mis esperanzas muertas que muertas, y sus mandamientos y desdenes vivos que vivos. En resolucion, últimamente me ha mandado

Vulgarmente se llama *Giralda* del verbo girar, ó dar vueltas. Pesa veinte y ocho quintales: tiene en la mano derecha un ramo que pesa dos quintales, y en la izquierda una vela ó bandera, tambien de bronce, que pesa quatro, y moviendose con suma facilidad y ligereza señala ó denota el viento que sopla. Sirve esta figura de remate á la torre que se tiene por obra de los moros, y estriba sobre un grueso pernio de hierro, que cala por la torre abaxo. (*Morgado: Espinosa: Rodrigo Caro: el Baron de Dilon*, que la estampó en sus *Viages de España.*)

(1) Alusion al dicho de Julio Cesar: *veni, vidi, et vici.*

que discurra por todas las provincias de España, y haga confesar á todos los andantes caballeros que por ellas vagaren, que ella sola es la mas aventajada en hermosura de quantas hoy viven, y que yo soy el mas valiente y el mas bien enamorado caballero del orbe, en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos caballeros que se han atrevido á contradecirme; pero de lo que yo mas me precio y ufano, es de haber vencido en singular batalla á aquel tan famoso caballero Don Quixote de la Mancha, y héchole confesar que es mas hermosa mi Casildea que su Dulcinea: y en solo este vencimiento hago cuenta que he vencido todos los caballeros del mundo, porque el tal Don Quixote, que digo, los ha vencido á todos, y habiéndole yo vencido á él, su gloria, su fama y su honra se ha transferido y pasado á mi persona, y tanto el vencedor es mas honrado, quanto mas el vencido es reputado: así que ya corren por mi cuenta y son mias las innumerables hazañas del ya referido Don Quixote. Admirado quedó Don Quixote de oir al caballero del Bosque, y estuvo mil veces por decirle que mentia, y ya

tuvo el mentis en el pico de la lengua; pero reportóse lo mejor que pudo, por hacerle confesar por su propia boca su mentira, y así sosegadamente le dixo: de que vuesa merced, señor caballero, haya vencido á los mas caballeros andantes de España y aun de todo el mundo, no digo nada; pero de que haya vencido á Don Quixote de la Mancha, póngolo en duda: podria ser que fuese otro que le pareciese, aunque hay pocos que le parezcan. ¿Como no? replicó el del Bosque: por el cielo que nos cubre, que peleé con Don Quixote, y le vencí y rendí, y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caidos: campea debaxo del nombre del *Caballero de la Triste Figura*, y trae por escudero á un labrador llamado Sancho Panza: oprime el lomo y rige el freno de un famoso caballo, llamado Rocinante, y finalmente tiene por señora de su voluntad á una tal Dulcinea del Toboso, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo, como la mia, que por llamarse Casilda y ser de la Andalucia, yo la llamo Casildea de Van-

dalia. Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aquí está mi espada que la hará dar crédito á la mesma incredulidad. Sosegaos, señor caballero, dixo Don Quixote, y escuchad lo que deciros quiero. Habeis de saber, que ese Don Quixote que decis, es el mayor amigo que en este mundo tengo, y tanto, que podré decir que le tengo en lugar de mi mesma persona, y que por las señas que dél me habeis dado tan puntuales y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mesmo que habeis vencido: por otra parte veo con los ojos y toco con las manos, no ser posible ser el mesmo, si ya no fuese que como él tiene muchos enemigos encantadores, especialmente uno que de ordinario le persigue, no haya alguno dellos tomado su figura para dexarse vencer, por defraudarle de la fama que sus altas caballerías le tienen grangeada y adquirida por todo lo descubierto de la tierra: y para confirmacion desto, quiero tambien que sepais, que los tales encantadores, sus contrarios, no ha mas de dos dias que transformáron la figura y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso en una aldeana soez y baxa, y desta manera habrán transformado á Don

Quixote: y si todo esto no basta para enteraros en esta verdad que digo, aquí está el mesmo Don Quixote que la sustentará con sus armas á pie ó á caballo, ó de qualquier suerte que os agradare: y diciendo esto se levantó en pie y se empuñó en la espada, esperando que resolucion tomaria el caballero del Bosque, el qual con voz asimesmo sosegada respondió y dixo: al buen pagador no le duelen prendas, el que una vez, señor Don Quixote, pudo venceros transformado, bien podrá tener esperanza de rendiros en vuestro propio ser; mas porque no es bien que los caballeros hagan sus fechos de armas á escuras como los salteadores y rufianes, esperemos el dia para que el sol vea nuestras obras, y ha de ser condicion de nuestra batalla, que el vencido ha de quedar á la voluntad del vencedor, para que haga dél todo lo que quisiere, con tal que sea decente á caballero lo que se le ordenare. Soy mas que contento desa condicion y conveniencia, respondió Don Quixote: y en diciendo esto se fuéron donde estaban sus escuderos, y los halláron roncando y en la mesma forma que estaban quando les salteó el sueño. Despertáronlos,

y mandáronles que tuviesen á punto los caballos, porque en saliendo el sol habian de hacer los dos una sangrienta, singular y desigual batalla; á cuyas nuevas quedó Sancho atónito y pasmado, temeroso de la salud de su amo, por las valentías que habia oido decir del suyo al escudero del Bosque; pero sin hablar palabra se fuéron los dos escuderos á buscar su ganado, que ya todos tres caballos y el rucio se habian olido y estaban todos juntos. En el camino dixo el del Bosque á Sancho: ha de saber, hermano, que tienen por costumbre los peleantes de la Andalucía, quando son padrinos de alguna pendencia, no estarse ociosos mano sobre mano, en tanto que sus ahijados riñen: dígolo, porque esté advertido que miéntras nuestros dueños riñeren, nosotros tambien hemos de pelear y hacernos astillas. Esa costumbre, señor escudero, respondió Sancho, allá puede correr y pasar con los rufianes y peleantes que dice; pero con los escuderos de los caballeros andantes, ni por pienso: á lo ménos yo no he oido decir á mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanzas de la andante caballería: quanto mas, que yo

quiero que sea verdad y ordenanza expresa el pelear los escuderos en tanto que sus señores pelean; pero yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena que estuviere puesta á los tales pacíficos escuderos, que yo aseguro que no pase de dos libras de cera, y mas quiero pagar las tales libras, que sé que me costarán ménos que las hilas que podré gastar en curarme la cabeza, que ya me la cuento por partida y dividida en dos partes: hay mas, que me imposibilita el reñir el no tener espada, pues en mi vida me la puse. Para eso sé yo un buen remedio, dixo el del Bosque: yo traigo aquí dos talegas de lienzo de un mesmo tamaño: tomaréis vos la una y yo la otra, y reñirémos á talegazos con armas iguales. Desa manera sea en buena hora, respondió Sancho, porque ántes servirá la tal pelea de despolvorearnos que de herirnos. No ha de ser así, replicó el otro, porque se han de echar dentro de las talegas, porque no se las lleve el ayre, media docena de guijarros lindos y pelados que pesen tanto los unos como los otros, y desta manera nos podrémos atalegar sin hacernos mal ni daño. Mirad ¡cuerpo de mi padre! respondió Sancho,

que martas cebollinas, ó que copos de algodon cardado pone en las talegas, para no quedar molidos los cascos y hechos alheña los huesos; pero aunque se llenaran de capullos de seda, sepa, señor mio, que no he de pelear: peléen nuestros amos y allá se lo hayan, y bebamos y vivamos nosotros, que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas, sin que andemos buscando apetites para que se acaben ántes de llegar su sazon y término, y que se cayan de maduras. Con todo, replicó el del Bosque, hemos de pelear siquiera media hora. Eso no, respondió Sancho, no seré yo tan descortes, ni tan desagradecido, que con quien he comido y he bebido trabe qüestion alguna, por mínima que sea, quanto mas, que estando sin cólera y sin enojo ¿quien diablos se ha de amañar á reñir á sécas? Para eso, dixo el del Bosque, yo daré un suficiente remedio, y es que ántes que comencemos la pelea yo me llegaré bonitamente á vuesa merced, y le daré tres ó quatro bofetadas, que dé con él á mis pies, con las quales le haré despertar la cólera, aunque esté con mas sueño que un liron. Contra ese corte sé yo otro, respondió Sancho, que no le va en

zaga: cogeré yo un garrote, y ántes que vuesa merced llegue á despertarme la cólera, haré yo dormir á garrotazos de tal suerte la suya, que no despierte, sino fuere en el otro mundo, en el qual se sabe que no soy yo hombre que me dexo manosear el rostro de nadie, y cada uno mire por el virote: aunque lo mas acertado seria dexar dormir su cólera á cada uno, que no sabe nadie el alma de nadie, y tal suele venir por lana que vuelve tresquilado, y Dios bendixo la paz y maldixo las riñas, porque si un gato acosado, encerrado y apretado se vuelve en leon, yo que soy hombre, Dios sabe en lo que podré volverme: y así desde ahora intimo á vuesa merced, señor escudero, que corra por su cuenta todo el mal y daño que de nuestra pendencia resultare. Está bien, replicó el del Bosque: amanecerá Dios, y medrarémos. En esto ya comenzaban á gorgear en los árboles mil suertes de pintados paxarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecia que daban la norabuena y saludaban á la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones del oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus

cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las yerbas, parecia asimesmo que ellas brotaban y llovian blanco y menudo aljófar: los sauces destilaban maná sabroso, reíanse las fuentes, murmuraban los arroyos, alegrábanse las selvas, y enriquecíanse los prados con su venida. Mas apénas dió lugar la claridad del dia para ver y diferenciar las cosas, quando la primera que se ofreció á los ojos de Sancho Panza, fué la nariz del escudero del Bosque, que era tan grande, que casi le hacia sombra á todo el cuerpo. Cuéntase en efecto que era de demasiada grandeza, corva en la mitad y toda llena de berrugas, de color amoratado como de berengena: baxábale dos dedos mas abaxo de la boca, cuya grandeza, color, berrugas y encorvamiento así le afeaban el rostro, que en viéndole Sancho comenzó á herir de pie y de mano, como niño con alferecía, y propuso en su corazon de dexarse dar docientas bofetadas ántes que despertar la cólera para reñir con aquel vestiglo. Don Quixote miró á su contendor, y hallóle ya puesta y calada la celada, de modo que no le pudo ver el rostro; pero notó

que era hombre membrudo y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traia una sobrevesta ó casaca de una tela al parecer de oro finísimo, sembradas por ella muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hacian en grandísima manera galan y vistoso: volábanle sobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas y blancas: la lanza que tenia arrimada á un árbol era grandísima y gruesa, y de un hierro acerado de mas de un palmo. Todo lo miró y todo lo notó Don Quixote, y juzgó de lo visto y mirado que el ya dicho caballero debia de ser de grandes fuerzas, pero no por eso temió como Sancho Panza; ántes con gentil denuedo dixo al caballero de los Espejos: si la mucha gana de pelear, señor caballero, no os gasta la cortesía, por ella os pido que alceis la visera un poco, porque yo vea, si la gallardía de vuestro rostro responde á la de vuestra disposicion. Ó vencido ó vencedor que salgais desta empresa, señor caballero, respondió el de los Espejos, os quedará tiempo y espacio demasiado para verme: y si ahora no satisfago á vuestro deseo, es por parecerme que hago notable agravio á la hermosa Ca-

sildea de Vandalia en dilatar el tiempo que tardare en alzarme la visera, sin haceros confesar lo que ya sabeis que pretendo. Pues en tanto que subimos á caballo, dixo Don Quixote, bien podeis decirme, si soy yo aquel Don Quixote que dixísteis haber vencido. Á eso vos respondemos, dixo el de los Espejos, que pareceis, como se parece un huevo á otro, al mesmo caballero que yo vencí; pero segun vos decis que le persiguen encantadores, no osaré afirmar si sois el contenido ó no. Eso me basta á mí, respondió Don Quixote, para que crea vuestro engaño: empero para sacaros dél de todo punto, vengan nuestros caballos, que en ménos tiempo que el que tardáredes en alzaros la visera, si Dios, si mi señora y mi brazo me valen, veré yo vuestro rostro, y vos vereis que no soy yo el vencido Don Quixote que pensais. Con esto acortando razones subiéron á caballo, y Don Quixote volvió las riendas á Rocinante para tomar lo que convenia del campo para volver á encontrar á su contrario, y lo mesmo hizo el de los Espejos; pero no se habia apartado Don Quixote veinte pasos, quando se oyó llamar del de los Espejos, y partiendo los dos el camino,

camino, el de los Espejos le dixo: advertid, señor caballero, que la condicion de nuestra batalla es que el vencido, como otra vez he dicho, ha de quedar á discrecion del vencedor. Ya la sé, respondió Don Quixote, con tal que lo que se le impusiere y mandare al vencido han de ser cosas que no salgan de los límites de la caballería. Así se entiende, respondió el de los Espejos. Ofreciéronsele en esto á la vista de Don Quixote las extrañas narices del escudero, y no se admiró ménos de verlas que Sancho, tanto, que le juzgó por algun monstruo, ó por hombre nuevo y de aquellos que no se usan en el mundo. Sancho que vió partir á su amo para tomar carrera, no quiso quedar solo con el narigudo, temiendo que con solo un pasagonzalo (1) con aquellas narices en

(1) Es un juego que consiste en dar un papirote en la nariz, poniendo el dedo de enmedio debaxo del pulgar. Habla de él Julio Pollux, citado por Rodrigo Caro (*Dias Geniales:* dial. V. § 1.) que le traduce en latin, como se ha explicado ya en castellano: *Talitro ludere est medio manus digito, pollici summisso, nasum ferire.* Este golpe que se daba y da con el dedo, temia Sancho que se le diese Cecial con sus fieras y postizas narices. La voz *pasagonzalo* parece se compone de verbo y nombre: esto

las suyas, seria acabada la pendencia suya, quedando del golpe ó del miedo tendido en el suelo, y fuése tras su amo asido á una acion (1) de Rocinante, y quando le pareció que ya era tiempo que volviese, le dixo: suplico á vuesa merced, señor mió, que ántes que vuelva á encontrarse me ayude á subir sobre aquel alcornoque, de donde podré ver mas á mi sabor, mejor que desde el suelo, el gallardo encuentro que vuesa merced ha de hacer con este caballero. Ántes creo, Sancho, dixo Don Quixote, que te quieres encaramar y subir en andamio por ver sin peligro los toros. La verdad que diga, respondió Sancho, las desaforadas narices de aquel escudero me tienen atónito y lleno de espanto, y no me atrevo á estar junto á él. Ellas son tales, dixo Don Quixote, que á no ser yo quien soy, tambien me asombraran, y así ven, ayudarte he á subir donde dices. En lo que se detuvo Don Quixote en que Sancho subiese en el alcornoque, tomó el de los

es, *pasa*, *Gonzalo*: palabras que se dirian al descargar el papirotazo.

(1) La correa de la silla en que va puesto y pendiente el estribo.

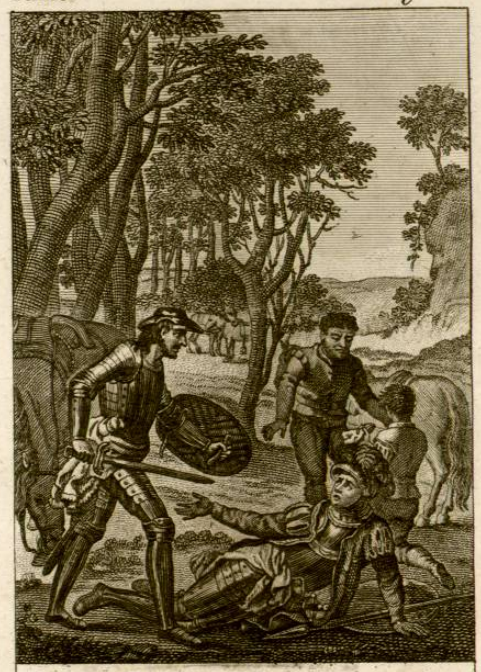
Espejos del campo lo que le pareció necesario, y creyendo que lo mesmo habria hecho Don Quixote, sin esperar son de trompeta, ni otra señal que los avisase, volvió las riendas á su caballo, que no era mas ligero, ni de mejor parecer que Rocinante, y á todo su correr, que era un mediano trote, iba á encontrar á su enemigo; pero viéndole ocupado en la subida de Sancho, detuvo las riendas, y paróse en la mitad de la carrera, de lo que el caballo quedó agradecidísimo, á causa que ya no podia moverse. Don Quixote, que le pareció que ya su enemigo venia volando, arrimó reciamente las espuelas á las trasijadas hijadas de Rocinante, y le hizo aguijar de manera, que cuenta la historia, que esta sola vez se conoció haber corrido algo, porque todas las demas siempre fuéron trotes declarados, y con esta no vista furia llegó donde el de los Espejos estaba hincando á su caballo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiese mover un solo dedo del lugar donde habia hecho estanco de su carrera. En esta buena sazon y coyuntura halló Don Quixote á su contrario, embarazado con su caballo y ocupado con su

lanza, que nunca, ó no acertó, ó no tuvo lugar de ponerla en ristre. Don Quixote, que no miraba en estos inconvenientes, á salvamano y sin peligro alguno encontró al de los Espejos con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caida, que sin mover pie ni mano dió señales de que estaba muerto (1). Apénas le vió caido Sancho, quando se deslizó del alcornoque, y á toda priesa vino donde su señor estaba, el qual apeándose de Rocinante fué sobre el de los Espejos, y quitándole las lazadas del yelmo para ver si era muerto, y para que le diese el ayre, si acaso estaba vivo, vió... ¡quien podrá decir lo que vió, sin causar admiracion, maravilla y espanto

(1) Con esta aventura tiene alguna conexion la que sucedio á Amadis de Gaula, quando estando una noche en un bosque, lamentándose de su señora Oriana que le habia desdeñado, acertó à pasar junto á él un caballero desconocido, que despues constó se llamaba Patin, hermano del emperador de Roma, cantando, y diciendo que aunque la reyna Sardamira le favorecia, pero que él amaba solo y servia á la sin par Oriana. Dicho esto fuese á esperar la mañana echado al pie de un árbol. Oye Amadis esta blasfemia amatoria: ármase: monta à caballo: va á buscarle: desafiale: riñen: mátale el caballo: cae en tierra Patin todo aturdido, quedando vencedor Amadis. (*Lib. II, cap.* 46.)

á los que lo oyeren! Vió, dice la historia, el rostro mesmo, la mesma figura, el mesmo aspecto, la mesma fisonomía, la mesma efigie, la perspectiva mesma del Bachiller Sanson Carrasco, y así como la vió, en altas voces dixo: acude, Sancho, y mira lo que has de ver, y no lo has de creer: aguija, hijo, y advierte lo que puede la magia, lo que pueden los hechiceros y los encantadores. Llegó Sancho, y como vió el rostro del Bachiller Carrasco, comenzó á hacerse mil cruces y á santiguarse otras tantas. En todo esto no daba muestras de estar vivo el derribado caballero, y Sancho dixo á Don Quixote: soy de parecer, señor mio, que por sí ó por no, vuesa merced hinque y meta la espada por la boca á este que parece el Bachiller Sanson Carrasco, quizá matará en él á alguno de sus enemigos los encantadores. No dices mal, dixo Don Quixote, porque de los enemigos los ménos; y sacando la espada para poner en efecto el aviso y consejo de Sancho, llegó el escudero del de los Espejos, ya sin las narices que tan feo le habian hecho, y á grandes voces dixo: mire vuesa merced lo que hace, señor Don Quixote, que ese que

tiene á los pies, es el Bachiller Sanson Carrasco su amigo, y yo soy su escudero : y viéndole Sancho sin aquella fealdad primera, le dixo : ¿y las narices? Á lo que él respondió : aquí las tengo en la faldriquera, y echando mano á la derecha, sacó unas narices de pasta y barniz, de máscara, de la manifatura que quedan delineadas, y mirándole mas y mas Sancho, con voz admirativa y grande, dixo : ¡Santa María, y valme! ¿Este no es Tomé Cecial mi vecino y mi compadre? Y como si lo soy, respondió el ya desnarigado escudero : Tomé Cecial soy, compadre y amigo Sancho Panza, y luego os diré los arcaduces, embustes y enredos por donde soy aquí venido, y en tanto pedid y suplicad al señor vuestro amo, que no toque, maltrate, hiera, ni mate al Caballero de los Espejos que á sus pies tiene, porque sin duda alguna es el atrevido y mal aconsejado el Bachiller Sanson Carrasco nuestro compatrioto. En esto volvió en sí el de los Espejos, lo qual visto por Don Quixote, le puso la punta desnuda de su espada encima del rostro, y le dixo : muerto sois, caballero, si no confesais que la sin par Dulcinea del Toboso se aven-



taja en belleza á vuestra Casildea de Vandalia, y demas de esto habeis de prometer, si de esta contienda y caida quedáredes con vida, de ir á la ciudad del Toboso y presentaros en su presencia de mi parte, para que haga de vos lo que mas en voluntad le viniere: y si os dexare en la vuestra, asimesmo habeis de volver á buscarme, que el rastro de mis hazañas os servirá de guia, que os traiga donde yo estuviere, y á decirme lo que con ella hubiéredes pasado: condiciones que conforme á las que pusímos ántes de nuestra batalla, no salen de los términos de la andante caballería. Confieso, dixo el caido caballero, que vale mas el zapato descosido y sucio de la señora Dulcinea del Toboso, que las barbas mal peinadas, aunque limpias, de Casildea, y prometo de ir y volver de su presencia á la vuestra, y daros entera y particular cuenta de lo que me pedis. Tambien habeis de confesar y creer, añadió Don Quixote, que aquel caballero que vencístes no fué ni pudo ser Don Quixote de la Mancha, sino otro que se le parecia, como yo confieso y creo que vos, aunque pareceis el Bachiller Sanson Carrasco, no lo sois,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

sino otro que le parece, y que en su figura aquí me le han puesto mis enemigos, para que detenga y temple el ímpetu de mi cólera, y para que use blandamente de la gloria del vencimiento. Todo lo confieso, juzgo y siento, como vos lo créeis, juzgais y sentis, respondió el derrengado caballero: dexadme levantar, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caida, que asaz maltrecho me tiene. Ayudóle á levantar Don Quixote y Tomé Cecial su escudero, del qual no apartaba los ojos Sancho, preguntándole cosas, cuyas respuestas le daban manifiestas señales de que verdaderamente era el Tomé Cecial que decia; mas la aprehension que en Sancho habia hecho lo que su amo dixo, de que los encantadores habian mudado la figura del caballero de los Espejos en la del Bachiller Carrasco, no le dexaba dar crédito á la verdad que con los ojos estaba mirando. Finalmente se quedáron con este engaño amo y mozo, y el de los Espejos y su escudero mohinos y mal andantes se apartáron de Don Quixote y Sancho, con intencion de buscar algun Lugar donde vizmarle y entablarle las costillas. Don Quixote y Sancho volviéron á pro-

seguir su camino de Zaragoza, donde los dexa la historia, por dar cuenta de quien era el caballero de los Espejos y su narigante escudero.

CAPÍTULO XV.

Donde se cuenta y da noticia de quien era el Caballero de los Espejos y su escudero.

En extremo contento, ufano y vanaglorioso iba Don Quixote por haber alcanzado vitoria de tan valiente caballero como él se imaginaba que era el de los Espejos, de cuya caballeresca palabra esperaba saber, si el encantamento de su señora pasaba adelante, pues era forzoso que el tal vencido caballero volviese, so pena de no serlo, á darle razon de lo que con ella le hubiese sucedido. Pero uno pensaba Don Quixote, y otro el de los Espejos, puesto que por entónces no era otro su pensa-